

tras, ¡feliz es nuestra inferioridad, y dichosa la débil constitucion de nuestro cuerpo!

Iba el coronel á responder la graciosa ironía de su muger, cuando lo embarazó un accidente que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

CAPITULO V.

*En el que se trata un asunto de gravísima importancia.*

**A**CABAMOS de decir que iba á contestar el coronel á la irónica pregunta de su esposa, cuando entró en nuestra sala una criada de Doña Eufrosina dando unos gritos desahogados. Corra su mercé, decía, corra su mercé, que quién sabe que le ha dado á la señorita.

Sorprendimono; todos con esta inesperada noticia: fuimos apresuradamente á la vivienda de Doña Eufrosina, y hallamos á *Pomposita llorando y bañada en sangre, y á su madre privada* en los brazos de una recamarera, toda temblando.

Apenas comenzaba Doña Matilde á preguntar la causa del accidente de su hermana, cuando entraron de visita seis señoritas jóvenes y una venerable beata (1) de Santa Rosa ya vieja, llamada Doña María,

(1) *Así llamaban á las hermanas de cofradías ó comunidades de legas que vestían hábitos religiosos y no guardaban clausura. Las habia de Sta. Rosa, del Círculo, &c.*

quien nada menos era que tia primera de la enferma y de Doña Matilde.

Con la ocurrencia de la enfermedad de la señora Doña Eufrosina, las saluciones fueron sobre la marcha, pues á toda prisa se rodearon de la paciente, menos la beata, que se dedicó á cuidar de la niña Pomposita.

Mientras que el médico venia, comenzaron á determinar remedios cada una á cual mas. Una mandaba ligarle las piernas: otra apretarle el estómago fuertemente: esta, darle á oler el humo de lana prieta: aquella, echarle agua fria en la cara y pecho: quién, recetaba una rebanadita de pan empapada en aguardiente para el estómago: cual, unos fomentos de vino en los pulsos; en una palabra, allí todas eran médicas, y nadie se tenia en menos para ponderar sus medicinas; y sin duda hubieran enbardonado de aceites á la enferma, la habrían amarrado como un cohete, y le habrían hecho absorber mas humo que el que cabe en un globo aerostático, si no estuviese presente el coronel, quien se opuso de firme á que no se le hiciera nada de eso, diciendo que muchas medicinas de aquellas eran inútiles, y las demas perjudiciales, como son la fumigaciones y ligaduras. Trabajo le costó impedir que mortificaran á la enferma; pero por fin lo consiguió.

No porque las circunstancias veian sus remedios

desaprobados, dejaban todas de espresar los sentimientos de su cariño hacia la enferma del mejor modo que podian. Una le apretaba el estómago, otra le tenia las manos, esta le levantaba la cabeza, aquella prevenia el vaso de agua, y todas gritaban, lloraban y regañaban á las criadas por la tardanza del médico. Aquella sala era una zambra de gritos y monadas, que yo para mi sayo calificué de adulaciones.

En esto estaban cuando entró el médico, que por fortuna era un hombre instruido y prudente. La prisa con que lo llamaron y el arboroto que encontró en la casa previnieron su ánimo á creer que el mal era grave y ejecutivo. Preocupado de esta idea, y deseoso de cumplir con su obligacion, gastó pocas palabras en saludar, y se dirigió á la paciente. Le tomó el pulso, hizo dos ó tres preguntas, le vió la cara con atencion, y se levantó muy sereno asegurando que aquello no era cosa de cuidado, y que dentro de un rato estaria perfectamente buena.

Al ver la frialdad del facultativo una de las señoritas que estaba prevenida con papel y tintero, no pudo menos que decirle: señor, ¿qué no receta usted? No hay necesidad, respondió el médico: y la dicha malama, creyéndose desairada, le dijo: ¿Cómo no? ¿Fues no ve usted como está esta niña, y que si sigue así con este temblor se nos puede quedar entre las

manos, y lo peor es que se nos va sin sacramentos? ¿No será bueno que recete usted á lo menos un poco de álcali volátil y tantita agua de la reina para el corazon? Yo no entiendo de eso, pero fui sobrina de un famoso médico que era doctor burlado, y todos los dias iba á mi casa y hablaba divinidades del álcali y del agua de la reina para estos casos, y yo algunos remedios le aprendí, y los he mandado mil veces, porque al que anda en la miel algo se le pega: y ya usted sabe que de médico, poeta y loco todos tenemos un poco.

Señoritas, contestó el facultativo con mucha flema: no hay droga en la botica que no tenga sus alabadores y aficionados; y así no es mucho que los tenga el álcali, cuando no los desmerecen el agua del pozo, la saliva, el carbon, los orines etc.

Por lo que toca á que todos tenemos un poco de médico, poeta y loco, con la venia de usted digo: que de loco todos tenemos un mucho, y mas cuando nos metemos á dar nuestro voto en materias que no entendemos; pero de medicina y de poesia creo que muchos tenemos mas de entremetimiento que de inteligencia. Por mí le aseguro á usted que de poeta no tengo ni mucho ni poco, una vez me quise meter á componer una quintilla: no la pude acabar, y me quedé en cuatro piés como los brutos. Lo mismo creo que sucede á muchos cuando se meten á médi-

cos. Cada cual debe hablar de lo que entiende y eso bien y poco; porque si un sastre quiere hablar de arquitectura, proferirá treinta mil blasfemias en esta facultad. Lo mismo se debe entender de todo y de todos.

La señorita se quedó muy fresca, no entendiendo la fuerza de la reprension, y movida de una agitante curiosidad le rogó le dijese la quintilla: á cuya pregunta el médico contestó, que la iba á hacer para prender á una niña que pensaba acertar en materias que no entendia, y decia de este modo.

Si sin noticia ni guia  
quieres ir por un camino  
que no sabes, Celia mia,  
te perderás de continuo,  
y.....

Será una boberia; dijo la señorita, ponerse uno á andar por un camino que no sabe, sin tener quien lo lleve á lo diriga. ¡Vea usted qué ocurrencial dijo el médico en tono de admiracion: usted ha concluido mi verso fácilmente en un instante; y yo no pude concluirlo en cuatro noches, despues de haberme quemado las cejas, á la llama de cuatro velones de á medio, que tantos consumí para acabar mi desgraciada quintilla. Ciertamente usted tiene mas de poetisa que de médica.

Bien distraídos estaban todos con la conversacion, unos hablando y los demas oyendo, cuando la enferma exhaló un suspiro, abrió los ojos y manifestó su total alivio; sorprendiendose el verse rodeada de tanta gente, entre la que estrañó al médico, porque no era el de casa, aunque era mejor. Este, concluida su visita, que no pasó de visita, previno solamente que removiesen del ánimo de la señorita todo motivo de disgusto para que estuviera tranquila, pues este era el único y legitimo remedio en tales escesos, y dicho esto, se despidió.

No llegaria á la escalera, cuando entró en la sala D. Dionisio Langaruto, acompañado de dos oficiales y un colegial, que venian de jugar cuatro ó cinco treguas al villar, las que habia ganado el partido contrario.

Ninguna novedad hizo á D. Dionisio el encuentro del médico ni el alboroto que halló en la casa. Incomodo totalmente con la poca destreza de sus compañeros, y teniendo por un punto de honor ultrajado que hubiesen perdido las treguas del desafio, reñia ásperamente á sus amigos, los que con una humillacion servil se disculpaban mutuamente, sonriéndose de paso de la necedad y enojo de Langaruto, de lo que este se incomodaba mas, y decia: Yo no siento haber perdido las seis onzas, á mí no me duele perder el dinero: con cien pesos yo no soy ni mas ri-

co ni mas pobre. Ustedes bien saben que estoy hecho á tirar la plata; pero en regla. Lo que me incomoda es que nos hayan dado capote, que no viéramos uno, y que aun la última tregua, llevándola tan aventajada, hubieran quedado por ellos! ¡Vamos, que ustedes son buenos chanflas!

Este zonzoo tuvo la culpa, respondió el colegial señalando á un alferéz: yo le decia que no tirara fuerte, sino que vendiera el mingo; pero quiso lucir el buen taco, tiró palos en seco, me vendió á mí, y fué causa de que se llevara el diablo el partido.

No hay cuidado, decia el militar, la confianza con que yo juego con ellos me hizo no recelar, y el maldito casquillo del taco, la bola fiñada y la mesa tuerca fueron la causa de que errara la bola, que si no, era bolada de acabar la tregua con los palos que tiré.

Eso sí, decia Langaruto, despues de los ladrones, trabucazos. Ahora que nos ganaron y estarán brindando á nuestra costa y riéndose de nuestra inhabilidad, estás tú echando bravatas. ¡Ya se ve! la bola, el taco y la mesa tuvieron la culpa, ¿no es verdad? Mucho fué que no te estorbara la taquera y el cajoncito del salvado. ¡Anda chanflon!

Muy incómoda estaba Eufrosina, oyendo la acalorada disputa que su esposo tenia con sus amigos, sin hacer el menor aprecio de su mal; y así hecha una furia se levantó del asiento y le reconvinó, diciendo-

le: ¿Qué, ha pensado usted que no tiene muger ó cree que estoy pintada ó soy alguna sirvienta de su casa? ¿No es una picardía, no es una desvergüenza intolerable ver que me esté muriendo por esa maldita muchacha, y ni siquiera le merezca al señorito la mas mínima señal de atencion? ¡Ya se ve! yo nací para infeliz, y.....

Aquí comenzó á llorar amargamente, Las parientas y amigas la consolaban con mil caricias, y el bueno del caballero Langaruto, atónito con el resplido que acababa de escuchar, trató de satisfacer á madama del mejor modo: y cuando supo que la causa de la mohina habia sido haber encontrado á Pomposita chupando un cigarro, quisiera descargar su furia sobre la pobre criatura, para hacer ver que sentia el mal de Eufrosina, y que lo sabia vengar bien; mas el coronel contuvo su fuerza, deteniéndolo y prorumpiendo con la mayor energía en estas espresiones: ¿Qué es esto? ¿Están ustedes infatuados ó adolecen de una violenta fiebre? Por un cigarro.... ¡Voto á mis pecados! ¿Por un cigarro han sido tantas alharacas? Vamos, que esto no se puede creer entre personas de juicio y esperiencia.

No por un cigarro, dijo á ese instante Doña Eufrosina, sino por el atrevimiento de la persona que chupa ese cigarro. ¿Quién le ha dicho á esta mocosa malcriada que se ha poner á chupar á escondidas

mias? No faltaba mas, sino que la niña des'ete á ocho años, que aun no sale del cascaron, ya quiera andar con el cigarrito en la boca todo el dia. Noramala para ella: así la vuelva yo á ver otra vez, que le aseguro que ha de ir á pepear los dientes á la calle.

Tienes mucha razon, mi alma, decia la tia vieja, tienes mucha razon; yo quiero á Pomposita como si la hubiera parido, ¡ya se ve! tiene mi misma sangre al fin, y mas vale gota que libra; pero la verdad, yo no voy fuera de la razon, es mucha picardia que las niñas chupen. ¡Ya se ve! tales están las cosas en estos tiempos, que ya los mocosos les piden la lumbre á los viejos. Todo está malo, todo está perdido; á fé que en mi tiempo, ¿cuándo, cuándo una niña habia de tener la avilantez de chupar delante de los grandes? ¿Qué digo? ni aun á escondidas. Muy buen cuidado tenian las madres de registrarles los dedos á sus hijas para ver si chupaban; y pobre de la que los tenian amarillos, ya se podia componer: porque despues de que la castigaban muy bien, le quemaban la boca con un huevo caliente; pero ahora ya chupan todas las niñas y nos echan el humo en la cara. Haces muy bien, Eufrosina, haces muy bien de castigar á tu hija: no, no le dejes pasar estas perradas.

No hace muy bien de castigarle este defecto leve, si lo es, y mucho menos con tanta crueldad como

ahora, dijo el coronel: yo no me quisiera meter en esto, porque cada uno manda en su casa; pero me ha escandalizado ver castigar tan cruelmente á mi sobrina por una culpa, que si lo es, mi hermana y mi hermano se la han enseñado.

¿Cómo nosotros? decia Eufrosina. Así como lo oye usted, hermana, respondió el coronel. Si esa niña jamas hubiera visto chupar á usted, ni á su papá, ni á mí, ni á ninguna persona grande, seguro está que lo hiciera; pero ve que todos lo hacen, que no se hallan sin el cigarro, que es una especie de atencion y obsequio el darse cigarro: que apenas entra una visita, luego se pide el brasero de la lumbre, y por último, ve que todos chupan, y que aun alaban el chupar, diciendo que el cigarro es buen amigo, que en los gustos alegre y en las tristezas consuela, ¿qué concepto ha de formar de este vicio cualquiera niña que ve y oye todo esto? El mas favorable, el mas lisonjero sin duda alguna; y á consecuencia ha de desear experimentar por sí misma las dulzuras que oye decir se hallan en él, y luego que tenga ocasion, ha de poner en práctica su deseo, como lo ha hecho Pomposita.

Yo no diré que es bueno que los niños aprendan á chupar desde muy temprano, ni menos que se les permita hacerlo delante de sus mayores, pues conozco la fuerza de la preocupacion, pero no me de-

tendré en decir que cuando lo hagan, poco se pierde, y que este no es un pecado casero que merezca una dura penitencia. Por mí, aseguro á ustedes que si mañana advierto que mi hija se inclina al cigarro, lo veré con la mayor indiferencia, y no solo no la castigaré, sino que tendré cuidado de que no le falten, para que cuando grande no solicite tal vez quien se los dé, ni busque la soledad ni la compañía de las criadas, siempre perniciosas, por no poder chupar delante de sus padres.

¡Bravo! bravo! dijo riéndose D: Dionisio. usted, hermano, ha hecho grandemente la defensa de mi hija. Déjala, Eufrosina, ¿qué importa que no chupe ahora, si mañana como dice tu tia, te echará el humo en los ojos? Yo voy con la opinión de mi hermano.

Yo no, dijo Eufrosina, encendidas en cólera las mejillas: caro le ha de costar á la mocosa tamaña picardía. Le arrancara la lengua, le sacara los dientes y le quemara la boca si tuviera el grandísimo atrevimiento de chupar un cigarro en mi presencia.

Vaya, hermana, no se acalore usted decia, el coronel: advierta usted que el chupar es en sí indiferente, y nosotros lo defendemos como bueno, á algunas veces como útil á la salud, y nunca lo tenemos como un delito. ¿Por qué, pues, lo que para nosotros es bueno, útil y honesto, en las criaturas lo hemos de

condenar como un crimen? Si Pomposita se hubiera inclinado á tomar polvos, usted no se enojara, y aun le abonaria por gracia que sacara la cajilla del tabaco en su presencia. ¿Pues por qué ha de ser lícito al muchacho tomar tabaco por las narices, y no le ha de ser permitido el usarlo por la boca? Y esté usted segura de que si hubiera visto mas polvistas que chupadores, se habria dedicado á tomar polvos antes que á chupar; pero ha visto lo contrario, y así ha seguido lo que ha visto mas practicado.

Sea lo que fuere, decia Eufrosina, así me criaron mis padres, y así he de criar yo á mi hija, y caiga quien cayere.

Pero hermana, ¿siempre y en todo hemos de ir con lo que nos enseñaron los antiguos? ¿Nunca nos hemos de apartar de sus caprichos, aunque se nos pruebe que lo son? A la verdad ese es mucho servilismo, y la autoridad de nuestros mayores debe ser respetada mientras la razon y la esperiencia no nos manifiesten su estravío.

Yo quisiera que Pomposita hiciera á usted este argumento á ver qué le respondia: "Mamá, usted me debe enseñar siempre lo bueno, y me debe dar buen ejemplo. Ahora bien: ¿el chupar es bueno ó malo. Si es bueno, ¿por qué me lo priva? y si es malo, ¿para que lo hace en mi presencia?" Vaya, hermana, ¿qué responderia usted á este apretoncillo.

Le plantaría un buen par de befetadas, y le quitaría las ganas de ponerse á dimes y dirites con su madre.

Esa es una respuesta muy eficaz para imponerle silencio, decia D. Rodrigo, pero no para convencerla. Hay muchos superiores que tienen á mano este fácil expediente para hacerse obedecer de sus inferiores, aun en lo injusto; pero esto se llama despotismo. el que jamas es lícito ni á los padres, ni á los maridos, ni á los amos, ni á ninguna clase de superiores, pues con tan indigno modo se hacen temibles, pero jamas amables. Sus órdenes injustas se obedecen con la misma gana que la mula estira el coche, y en cuanto pueden, los inferiores las eluden con desprecio.

Los reyes y los gobiernos ilustrados como el nuestro, nos hacen ver que el superior jamas se degrada, cuando satisface al súbdito con razon. ¿Quién mejor que los reyes y sus viceregentes pudieran mandar cualquiera cosa, sin tener que decir mas que: *hágase esto porque yo lo mando?* Pues ya usted habrá leído muchas reales órdenes en las gacetas, y habrá advertido que dice el rey. Habiéndose representado el mi consejo esto ó aquello, y atendiendo á la utilidad de mis vasallos etc. etc. he venido en mandar esto ó lo otro. Así tambien ha leído los bandos publicados en esta capital, y ha visto que en unos se da razon de que lo que se manda es por orden del soberano;

y en otros, que se determina una providencia para conservar la tranquilidad y buen orden, para subvenir á las urgencias del estado, ó para los fines que se espresan; pero nunca habrá usted visto una real orden ó una superior determinacion, que, como se dice, á raja tabla y sin ningun preludeo, diga: *mando esto, mando lo otro*, sin dar razon al público de por qué se manda.

Esto prueba lo que ya dije, que estas racionales satisfacciones jamas degradan al superior, y que el no darlas cuando conviene, es un grosero despotismo. Porque sí, ó porque no, son razones de cabo escuadra. Decir, *haz esto porque quiero*, aunque el otro conozca la injusticia de lo mandado, es una tiranía insufrible, pero muy antigua en el mundo. Juvenal nos refiere de aquella muger que pedía á su marido que crucificara á un criado inocente, sin mas razon que su voluntad. Esto no es tolerable, y menos entre cristianos.

Oiga usted una decimita que en cierta vez escribí al mismo asunto.

Un señor una ocasion  
A un criado suyo reñía,  
Y si este le respondía,  
Le decia el amo: chiton.  
Chiton, ó de un mojicon  
Te dejaré sin sentido.

Callaba el criado aturdido  
Sobrándole que decir;  
Porque este modo de argüir  
¿A quién no deja concluido?

A todos seguramente; y así ya usted verá que las bofetadas lastiman, pero no convencen, y que no le es á usted lícito usar semejantes soluciones con su niña.

Pues por último, hermano, dejemos esto, contestó Eufrosina: cada cual tiene su modo de matar pulgas. Yo así quiero criar á mi hija: usted crie á la suya como quiera, que seguro está que yo me meta con usted así como no me metí el otro día que la regañó tanto solo porque le dió un palo al gato: y en verdad que eso era una niñería que no merecía la pena.

Usted dice muy bien, hermana: me ha convencido usted, soy un entremetido: ya no volveré á hablar en la materia. ¡Sobre que cada cual tiene su modo de matar pulgas! Pero vea usted. Cuando reprendí á Pudenciana porque le dió un palo al gato, no la lastimé, sino que le hice ver que hacía mal, pues el gato no le hacía daño. Le enseñé que debemos tratar á los animales con lástima, porque son criaturas de Dios: y le advertí que quien no tiene piedad con los brutos, quien se complace en maltratarlos solo por ser brutos, está muy cerca de ser un opresor de los hombres, siempre que pueda abusar de su debilidad.

Por esto la reprendí, y esto le enseñé. Usted dirá si tuve razón, y si me manejé con tal cual prudencia.

Doña Matilde que había guardado silencio en toda esta escena, advirtiendo que su esposo estaba algo incómodo con las respuestas altaneras y de pié de banco de su hermana, trató de cortar del todo la fastidiosa conversacion, y para ello con la mayor prudencia dijo á Eufrosina: mi alma, siento tu mal rato, y me alegro que te hayas aliviado. Evita cuanto puedas encolerizarte, porque ya ves el daño que esto hace á tu salud. Yo me retiro porque voy á ver qué hace mi peloncilla por allá adentro. Con esto se despidió, y el coronel no tardó en seguirla.

Así terminó la famosa disputa del cigarro; ¿pero cuándo no corren igual suerte las disputas mas célebres y contenciosas? El amor propio cuando se desarregla, que se desarregla muy seguido, es un tirano que cautiva nuestros entendimientos, y los sujeta al antojo, al engaño y á la preocupacion. Ordinariamente disputamos mas por vanidad y por hacer valer nuestra opinion, que por indagar la verdad, y esta es la causa de que las mayores necesidades se denendan con ardor, de que se desprecien las razones mas sólidas, y de que no haya modo de confesar que hemos errado. De aquí se sigue que cada uno se queda con la opinion que defiende, y la verdad se oculta en las tinieblas del error.



Cuando D. Rodrigo estuvo solo con su esposa, le dijo: ¿has visto muger mas loca ni mas aturdida que tu hermana? Ella me ha dado un rato bien pesado. Cuando vi á Pomposita bañada en sangre, y á tu hermana privada me afligí, porque creí que la criatura acaso travesando, se habia dado algun golpe, y el pesar de este accidente habia hecho desfallecer á la madre; mas luego que supe la verdadera causa, me compadecí de la pobre criatura, y me incomodé vivamente con Eufrosina. Yo no he visto muger mas necia.

Advertí bien tu incomodidad, dijo Matilde: porque solo muy enojado podias haberte puesto á disputar con ella tan de veras, olvidándote de aquel principio que me has aconsejado tantas veces, de que es una locura ponerse á disputa con un necio, pues el discreto pierde el tiempo, las razones y la paciencia, y el necio siempre se queda necio. Bien que tambien me has dicho que el hombre mas cuerdo deja de serlo luego que es sorprendido de una pasion: en este caso se desatienden los mejores principios y se olvidan las lecciones mas bien aprendidas. Esto te sucedió puntualmente.

Yo me alegro que me hagas esta advertencia, dijo el coronel, pues prueba que no se te olvida lo que me oyes, y que sabes hacer felices aplicaciones de los principios que te enseñó; pero dejando esto aparte,

dime qué juicio has formado de la imbecilidad de tu cuñado, quien sin el menor infor.me iba á concluir la obra de su muger cuando quer'a volver á maltratar á la pobre criatura?

Yo pienso que hizo muy mal, contestó Matilde, aunque no puedo explicar en qué está lo peor de la accion; porque á primera vista parece que su cólera fué efecto de la buena educacion que da á su hija, y del mucho cariño que tiene á su muger; pero cuando advertí la facilidad con que se serenó y te concedió la razon, no creo que hizo bien en lo primero; porque cuando veo un hombre que es tan fácil al enojo como á la serenidad, y tan pronto está de parte de una opinion como de la contraria, temo que no tenga carácter, temo que esté muy propenso á obrar sin razon, y que sus primeros arrebatos los dicte un capricho y no la justicia. Esto es lo que me parece. Tú esplicame mejor lo que no entiendo.

No te has engañado en tu concepto, dijo D. Rodrigo: así es como lo piensas. Tu cuñado manifestó en su accion falta de carácter y sobra de amor propio. El se avergonzó porque vió reprendida su distraccion delante de todos por la agria repension de su muger, y no teniendo ni firmeza para sostenerse, ni habilidad para disculparse, trató de satisfacer á su esposa y á las visitas, maltratando á la parte mas débil. A no haberlo yo embarazado, golpea á su hija

y queda persuadido de que habia obrado en justicia.

Los hombres violentos ó atropellados sin carácter, son malos maridos, malos padres, malos amos, y generalmente malos superiores. Muchas veces castigan la inocencia y no pocas premian el delito, ó porque no conocen ni uno ni otro, ó porque les parece que así deben hacerlo.

Peor concepto formarias del carácter de tu cuñado, si alcanzaras á conocer las perniciosas consecuencias que acarrea á su familia. Oye sin asustarte. El orgullo de su muger, su disipacion, la mala crianza de Pomposa, el poco respeto de los criados, la dilapidacion de sus bienes, que cada dia van de mal en peor, y todos los atrasos interiores y exteriores de la casa, no reconocen otro origen que el mal carácter ó por mejor decir, la falta de este en tu cuñado.

Esto no es murmuracion: te hablo á solas de unas faltas que te son demasiado notorias, y esto no por denigrar á esta familia, sino para que veas confirmadas por la esperiencia muchas verdades que te he dicho. Una de ellas es que los hombres tienen las mas veces la culpa de los defectos de las mugeres.

Yo estimo mucho á D. Dionisio, y conozco sus buenas cualidades; pero me compadezco de que tenga un carácter tan débil, y que esto sea causa del desorden de su casa: te hago ver este desorden y te señalo sus causas, para que si yo muriere antes de poner en es-

tado á nuestra hija, quedes tú con suficientes reglas para deliberar sobre la eleccion del compañero que le convenga; y de este modo, obrando con prudencia y segun las máximas que te inspiro, coadyuvarás como buena madre á hacerla feliz en el estado del matrimonio, si este fuere de su vocacion.

¿Pues qué, el genio obsequioso de mi cuñado, decia Matilde, el que siempre dé gusto á su muger, el que la complazca, el que la estime y la sirva es todo su pecado? ¿Eso es lo que lo constituye de mal carácter, y por eso son todos los estravíos de su casa? Yo te creo, pero me admiro de saberlo. ¿Qué me dirias si D. Dionisio fuera un hombre grosero y altivo y que tratara á su muger como á una criada? Yo conozco algunos de estos.

Y yo tambien, contestaba D. Rodrigo; pero condenaria en tal caso su cruel conducta, lo mismo que ahora repruebo la que le observo. En el arco, tan inútil queda la cuerda muy tirante como la muy floja. En todo debe dirigirnos la prudencia. Tan mal obra el marido que se convierte en tirano de su esposa, como el que se constituye su esclavo: ambos son extremos que debe evitar el hombre prudente, como opuestos á su dignidad, y como obstáculos á la felicidad doméstica y á la paz del corazon.

Mientras que los maridos no sepan ser hombres, las esposas no sabrán ser mugeres. Yo puedo equi-

vocarme; pero segun la esperiencia que tengo, las mugeres no serian tan fatuas, vanidosas ni locas, si siempre les tocasen por maridos hombres prudentes y sensatos, que supiesen hacerlas entrar por el camino justo y razonable; pero si los hombres, despues de exceptuar los que se debe, unas veces las ecesparan con sus modales duros y groseros, y otras dan pábulo á su orgullo con sus mimos imprudentes, y con sus condescendencias desarregladas, ¿cómo sabrán estas infelices usar á tiempo del amor sincero, ni de la amable dependencia, tan necesarias ambas cosas para la felicidad del matrimonio? Verdad es que las mugeres que obran mal no merecen disculpa, porque ellas debian obrar bien aun cuando sus maridos no fuesen siempre de acuerdo con la razon; pero si aun en este caso son criminales, ¿cuánto mas lo serán los hombres que les permiten, las enseñan y se puede decir que las precisan á obrar mal?

Semejantes matrimonios tarde ó temprano se desgracian. Para que Pudenciana, si se casare, no corra igual suerte que muchas, haré yo cuanto pueda y hasta donde alcance mi talento para darte las mejores reglas, que tú le inspirarás si yo faltare, á fin de que sea una muger amable, que haga las dulzuras de su esposo y la felicidad de su familia.

---